



LunaDangelis

LA REALIDAD
NO ES
TODO LO QUE VES

mī

La
realidad
no es todo
lo que ves

LUNA DANGELIS

© Luna Dangelis, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Ilustraciones de cubierta e interior: Rinine

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Diseño de interior: María Pitironte

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-270-4497-5

Depósito legal:

Preimpresión:

Impresión:

Printed in Spain-Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

10 Sueños olvidados

28 ¿Quién es Kuga?

40 Los elfos de las estrellas

60 Un chico nuevo en clase

78 La biblioteca prohibida

96 Una cita accidentada

116 Libera tu corazón

- 
- 134 *Entrada secreta al castillo*
- 154 *Una familia preocupada*
- 172 *El rey de los vampiros*
- 204 *La leyenda de la rosa azul*
- 226 *Recuperando el pasado*
- 244 *Un mundo, dos bandos enfrentados*
- 282 *Mi nueva realidad*
- 300 *Epilogo*

Sueños
olvidados





Un corazón soñador es lo más valioso que puede tener una persona. Todos nacemos con uno, pero es algo tan puro y tan bello que puede oscurecerse con facilidad.

Hubo un tiempo en que sentía que nadaba en un mar de sueños. Un tiempo en el que creí que todo estaba a mi alcance, que no había límites... hasta que empecé a hundirme. Y mientras descendía más y más, escuchaba voces a mi alrededor; unas extrañas voces que cuestionaban todo lo que hacía o decía.

Os preguntaréis por qué os estoy contando todo esto. Pues porque una vez yo tuve un corazón soñador. No hace tanto tiempo de ello. Sí, era muy ingenua y me lo creía todo, pero también era muy libre y me sentía capaz de hacer cualquier cosa. Hasta que crecí. Quizá me vi obligada a hacerlo de repente y, cuando creces, todo a tu alrededor cambia. Las personas empiezan a darle demasiada importancia a todo e, inconscientemente, te ves atada por lo que los demás dicen u opinan. Una cárcel para los sueños.

No ha pasado tanto tiempo desde mi supuesto viaje al mundo de los sueños. Apenas un verano. Cuesta creerlo, pero en un curso escolar, a veces un verano es mucho tiempo y pueden cambiar tantas cosas... Demasiadas. Hay días en que me miro al espejo y ya no me reconozco. ¿Siempre fui así, arisca y solitaria? No. Creo recordar que un día fui ingenua y soñadora, pero todo eso se acabó y no vale la pena lamentarse. Me digo a mí misma que así es la vida, un constante cambio, y que hay que adaptarse para poder encontrar la felicidad. Trato de pensar así continuamente, pero hoy tengo motivos para tratar de ser más positiva que nunca.

Hoy empieza el nuevo curso. No muy bien, porque ya estoy llegando tarde. Supongo que, pese a todo, hay cosas



que nunca cambian. Estoy corriendo con todas mis fuerzas, y noto cómo las dos tostadas y la leche que he desayunado rebotan en mi estómago. Subo las escaleras a toda prisa. ¡Ya es mucha casualidad que mi clase esté en el segundo piso, el último! Siento el latido acelerado de mi corazón, mi respiración está agitada y empiezo a percibir el sabor del desayuno en la garganta. Menos mal que estoy llegando ya, solo me quedan un par de escalones y ahora girar a la izquie... ¡¡¡auch!!!

Me golpeo contra algo y caigo con fuerza hacia atrás, pero antes de tocar el suelo, siento cómo unos brazos me sujetan. Por el miedo a la caída, de forma instintiva, he cerrado los ojos. Sin saber por qué, en la oscuridad repentina, mi mente, por un segundo, imagina una larga melena roja...

—¿Dariel...? —Poco a poco abro los ojos, mi visión es borrosa durante unos segundos, pero, al final, consigo visualizar a alguien. Veo un chico al que no conozco de nada. Me mira fijamente mientras con una mano sujeta mi muñeca y con la otra me agarra la cintura. Tiene el pelo celeste, revoltoso, con un curioso mechón blanco, una piel pálida y tersa, unos ojos grises que no puedo parar de mirar y una voz que suena preocupada.

—¿Te encuentras bien? ¿Te has hecho daño?

—Ehhh... —No puedo apartar la mirada; es como si esos ojos me hipnotizaran.

—Perdona, pero se me están cansando los brazos y me siento un poco incómodo si me miras tan fijamente.

De pronto vuelvo en mí. El shock del vergonzoso momento me hace querer despegarme de él lo antes posible, así que le doy un codazo, sin pensar. Al sentir el golpe, no tiene más remedio que soltarme y es cuando, efectivamente,

me caigo de sus brazos al suelo. ¡Vaya! El nuevo curso no podía empezar mejor. Con el trasero dolorido, miro hacia arriba. Ese extraño chico, pese al codazo, sigue queriendo ayudarme. Extiende su mano hacia mí, así que la agarro y me levanto suavemente de manera que me quedo en pie exactamente frente a él. Casi demasiado cerca.

—Esto..., perdona por el codazo y muchas gracias por tu ayuda.

—¿Te duele algo? —me pregunta de nuevo, con gesto preocupado.

—S... sí, bueno, no mucho —respondo con algo de vergüenza aún, evitando comentar mi dolor de trasero. Dirijo la vista hacia mis pies para evitar volver a mirarle de nuevo a los ojos.

Él empieza a reírse repentinamente.

—Eres rara..., pero me gusta.

¿Rara yo? ¿Acaso me está halagando? ¿Se habrá mirado al espejo? Veo que levanta su manga y aparece un reloj negro y verde. Al ver la hora, su cara cambia, parece recordar que tiene prisa, se despide de mí haciendo un gesto con la mano y se va, a toda velocidad, sin decir palabra, por el pasillo contrario. Me quedo mirando cómo se marcha mientras me sacudo el uniforme, que se ha ensuciado un poco. Me encanta mi nuevo uniforme, por cierto. Creo que es lo que más me ilusiona de esta nueva etapa. Lleva una camisa azul oscuro con lazo rojo y una falda azul oscuro con rayas rojas. Mientras repaso mi ropa para ver si estoy presentable, me doy cuenta de que el chico ha desaparecido y de repente me acuerdo de que yo también tenía prisa...



—¡Mierda! ¡Que llego tarde a clase!

Corro por el pasillo aunque está terminantemente prohibido. Me da igual, porque o me regañan por llegar tarde o por correr, pero acabarán regañándome de una forma u otra. Veo la puerta de mi clase, y desde fuera, escucho a la profesora hablar. Eso me pone aún más nerviosa, pero tengo que entrar, así que intento tomarme unos segundos más para relajarme, respiro lentamente y abro la puerta. Creo que esta es de las peores sensaciones que puede tener un estudiante. Entro lentamente y noto todas las miradas clavadas en mí, esperando que diga algo.

—Siento mucho llegar tarde; no volverá a pasar.

Opto por una disculpa sincera y la promesa de no volver a llegar tarde. Es mejor eso a inventarme una excusa del tipo de «me he perdido» o «no me ha sonado el despertador».

—Llegar tarde el primer día no es un buen comienzo, señorita... ¿cómo es tu nombre?

—Luna, me llamo Luna, profesora.

—Muy bien, Luna. Espero que de verdad no se repita, ahora siéntate rápido para que podamos continuar.

Me he librado de la bronca de la profesora, pero mientras camino hacia uno de los asientos, noto todavía el aura malvada que proviene del resto de mis compañeros de clase, esas risitas y esos susurros que incomodan a cualquiera. Mientras me dirijo a un sitio libre, en la penúltima fila, observo lentamente lo que será mi nueva clase este año. Somos unos veinte alumnos en un aula con paredes blancas y enormes ventanas que dan a un patio interior con unos grandes árboles, un bonito césped y unos bancos para sentarse. Delante de nosotros, en el centro de la clase, está la profesora. Parece

joven y simpática. Tiene el pelo negro recogido en un moño y unos mechones sueltos que le caen sobre la cara. Lleva gafas y viste con unos pantalones vaqueros y una camisa blanca con flores amarillas. Es bastante guapa. Mientras deslizo mi mirada sobre los rostros del resto de mis compañeros, observo una cara conocida. ¡Es Miaka! El corazón me da un vuelco. Miaka es mi mejor amiga de la infancia. O bueno, quizá debería decir «era». La verdad es que han pasado muchas cosas desde este verano.

Todo empezó unos días más tarde de mi aventura, de ese «supuesto» viaje a ese «supuesto» mundo de los sueños. Y digo «supuesto» porque yo también dudo ya si fue o no real. Ojalá pudiera creer que sí, que lo que viví y experimenté ocurrió de verdad en ese mundo paralelo al que viajamos cuando nos dormimos. Fui muy ingenua. Supongo que si a cualquier persona le pasa algo fascinante, siente ganas de compartirlo con alguien. Yo, al menos, pensé que sería buena idea compartirlo con mi mejor amiga, y así lo hice. Debí suponer que no me creería; nadie con un mínimo de madurez lo habría hecho. Pero ese no fue el verdadero problema. A la semana siguiente de habérselo contado a Miaka, el instituto se llenó de rumores sobre mí: que estaba loca, que tenía alucinaciones y amigos imaginarios, que pertenecía a alguna secta, que tomaba cosas raras... En fin, todo tipo de rumores falsos y absurdos. Miaka me dijo que ella no había contado nada a nadie, pero entonces, ¿de dónde salían todos esos comentarios? Yo no le había contado nada a nadie más. Confié en ella y ella me defraudó. Al final, un día, de repente, mi mejor amiga dejó de hablarme y empezó a juntarse con las pijas de la clase, dejándome de lado, sin ninguna explicación.





Supongo que la presión de ser la amiga de «la loca» pudo con ella. Lo entiendo. Todos tenemos un límite, pero sigo creyendo que, al menos, me merecía una explicación. Desde ese día no hemos vuelto a hablar ni a quedar. Tampoco he tenido otros amigos. He estado sola todo este tiempo y me da la impresión de que este curso va a ser igual. Lo único bueno es que empiezo a acostumbrarme a la soledad; no es tan mala como dicen.

Ya sentada en mi nuevo sitio, me pierdo en mis pensamientos mientras miro hacia la ventana, cuando oigo unas palabras de la profesora que me llaman la atención.

—Aquí viene nuestro delegado de clase.

Veo la puerta de clase abrirse y por ella entra un chico que camina con unos papeles hacia la profesora. Se escuchan las sonrisitas de coqueteo de mis compañeras. «Parece que tenemos un don juan en la clase», pienso sin darle mucha importancia. Pero cuando me fijo bien en él, descubro, sin duda alguna, que es el chico con el que choqué antes. Parece que tenía prisa porque estaba haciendo unos recados a la profesora. Le entrega los papeles y se queda en pie enfrente de todos nosotros.

—Me llamo Kuga —nos dice con tono amable— y seré vuestro delegado este curso. Si tenéis alguna propuesta para la clase o alguna duda, estoy para ayudaros. Espero que nos llevemos bien.

Vuelve ese odioso sonido de sonrisitas coquetas. No puedo evitar mirar en la dirección de Miaka. Por su cara y por lo bien que la conozco, diría que le llama la atención el nuevo delegado. Me invade una oleada de nostalgia. Me encantaría volver a compartir confidencias con ella. Siendo



sincera, la echo mucho de menos, pero no voy a obligar a nadie a ser mi amiga y la verdad es que me da miedo hablar con ella por si me rechaza.

Pasan las horas y las asignaturas, hasta que suena el timbre que anuncia la hora del descanso. Muchos se levantan y se van a la cafetería. Otros sacan su almuerzo y se juntan con los compañeros mientras hablan de sus cosas o hacen bromas. Si me quedo en clase sola, me sentiré aún más incómoda, así que cojo la bolsa donde tengo el almuerzo y me dispongo a salir de clase. Sin cortarse en absoluto por mi presencia, oigo a unas chicas hablar con Miaka.

—Oye, Miaka, tú eras amiga de esta chica, ¿no?

—¿Es verdad que tiene alucinaciones?

No sé si acelerar el paso o disminuirlo. No sé si escuchar su respuesta o no. ¿Qué sería mejor? Mientras discuto conmigo misma, Miaka responde, con tono de indiferencia.

—No lo sé, ni me importa.

Al escuchar su respuesta, no puedo evitar girarme y mirarla sorprendida. Durante un breve instante, sus ojos hacen contacto con los míos y me recorre una sensación de indiferencia extrema. No está fingiendo. Le trae sin cuidado lo que haga, comprendo de repente. Prosigo mi camino, muy lentamente, sin volverme, dirigiéndome a la azotea e intentando no pensar en esa mirada helada.

Antes de dejar de hablarnos, cuando aún éramos amigas, Miaka y yo hablábamos de cambiar las dos de instituto para estudiar aquí, juntas, pero después de todo lo que ha pasado entre nosotras, no me imaginé que ella vendría también. Cuando empezaron los rumores, tuve la esperanza de que se quedarían en mi antiguo cole; que el nuevo curso sería

distinto porque no llegarían hasta aquí, pero se ve que lo han hecho. ¡Qué ilusa he sido! Me imagino los cuchicheos, como una plaga de insectos, que se esparce rápidamente por todo el edificio. Solo espero que no me llamen a la sala de profesores, como en mi colegio anterior, para preguntarme si estoy tomando sustancias peligrosas. No sé si podría resistirlo una vez más.

Subo la escalera. Al final de ella, está la puerta a la azotea del edificio. Al abrirla siento la brisa jugar con mi pelo, y de alguna manera, eso me tranquiliza. Salgo fuera y me voy a un rincón para comer tranquila. Me gusta este sitio. Lo descubrí accidentalmente, el día que vine a formalizar la matrícula. Se respira tanta paz que parece que todos los problemas se esfuman. Aquí arriba solo suben algunas parejas, gente escapando de abusadores o citándose para declararse, algo totalmente normal sobre todo en días como hoy en que el cielo está despejado, el sol ilumina todo el paisaje, y hace ese calor agradable típico de principios de otoño. Me apoyo en la pared y cierro los ojos. Podría quedarme incluso dormida. De golpe me suena el estómago. Miro a mi alrededor, avergonzada, por si alguien hubiera escuchado algo, pero no hay nadie cerca. Supongo que mejor será comer primero, pienso. Al abrir la bolsita de mi almuerzo, veo mi bocadillo todo aplastado. ¡Vaya! ¿Podría ser de cuando me choqué con ese chico...? Bueno, pienso, encogiéndome de hombros, al fin y al cabo acabará masticado en mi estómago. Tengo demasiada hambre para ponerme finolis, así que empiezo a comer. Es un bocadillo de atún, lechuga, tomate y mayonesa, y, pese a su sospechoso aspecto, está riquísimo. Es mi momento feliz del día, pienso. Y sin ningún tipo de ironía.

